

La luz no me deja ver*

EFRAÍN VILLANUEVA**

MFA en Escritura Creativa, Universidad de Iowa.

Helicópteros se descolgaban en picada, como gavilanes, y botaban sus huevos a la loca, como peleando contra todo el mundo [...]. Tranquilicé a La Mona y le dije que no se asustara, que nada nos podía pasar porque nada habíamos hecho.

ALFREDO MOLANO, *Los desterrados*.

Despierto con los ojos cerrados. Intento abrirlos, y mis párpados, antes frágiles y delgadas capas de piel, se sienten como muñones pesados y adoloridos, me impactan como un cuchillo atravesado desde mi frente hasta mi nuca. Mi respiración se agita por el esfuerzo y me obligo a abandonar la búsqueda de luz.

Durante su estadía en El Inexpugnable, la tropa solo ha compartido dos cosas: el seguimiento estricto de las órdenes del sargento y la intimidación, imposible de rechazar, que otorga la reclusión. Esta noche es la primera vez que comparten algo diferente, un premio que, según el sargento, es más que merecido: dos garrafones de alcohol anisado. A todo volumen, el cantante que sale de los parlantes los anima a bailar al estilo africano y les promete enseñarles si no saben cómo. Sus palabras cantadas se arremolinan en el aire de la habitación, más humo de cigarrillo que oxígeno. Ferreira mueve sus brazos como si estuviese remando y mece su pelvis hacia adelante y hacia atrás. Le grita a Buitrago un algo que se

pierde entre los bufidos de las trompetas, y Buitrago le devuelve una sonrisa de adolescente embelesada. Pardo bebe una copa de alcohol, luego una más y una tercera y final; esperará quince minutos antes de repetir esta rutina. Riveros toca timbales invisibles sobre la mesa, su actuación carece de gracia, nadie le presta atención. Velásquez apenas bebió unos cuantos tragos, ni siquiera está entonado, pero se contagia de las usuales burlas pasivo-agresivas hacia Riveros, y lo alienta, como si estuviese ejecutando una excelente interpretación, a continuar. Solo el sargento permanece imperturbable ante la escena, les da la espalda a sus hombres, su mirada fija en la mirilla de la puerta de la sala de interrogatorios.

El lado derecho de mi rostro descansa sobre una superficie áspera. Debo estar en la sala de interrogatorios, la única área de la base con pisos en obra gris. De lo que no estoy seguro es por cuánto tiempo ni cuántas veces he intentado, inútilmente, abrir los ojos. Cada vez que creo estar a punto de lograrlo, me rindo ante el dolor, y al despertar, de

* Este relato hace parte de *Guía para buscar lo que no has perdido*, ganador del XIV Concurso de Libro de Cuentos de la Universidad Industrial de Santander. Fue editado y publicado por esta misma institución en el año 2019.

** Escritor de novelas, cuentos y artículos culturales. Su primer libro, *Tomacorrientes inalámbricos* (2018), fue galardonado con el Premio de Novela Distrito de Barranquilla en 2017. Su primera colección de cuentos, *Guía para buscar lo que no has perdido* (2019), fue ganadora del XIV Concurso Nacional de Cuentos de la Universidad Industrial de Santander. Fue finalista del VII Premio Nacional de Cuento La Cueva por el relato “Cinco cuerdas a la redonda”.

nuevo con los ojos cerrados, siento que han pasado muchas horas, pero probablemente solo sean unos cuantos minutos.

Esta vez logro abrir una ranura en mi ojo derecho, es diminuta, pero me permite ver una luz cuyo origen no identifico. La luz cae sobre su rostro, me emociono y sonrío al verla. Pero el dolor de mi cuerpo es intolerable, el silencio de la sala es perturbador, la quietud de su cuerpo me agobia. Apenas puedo mantener mi ojo abierto, pero me digo que es mejor así. Permanezco sin movimientos bruscos, temeroso de que el menor movimiento espante el rayo de luz; sin él no podría continuar observándola.

La contemplo. Lo que la falta de iluminación no permite ver a simple vista lo veo con recuerdos. Han pasado solo cinco días desde su arresto, pero conozco de memoria cada rincón de su rostro, las tonalidades de sus mejillas, la imperfección de su barbilla herida, los recovecos de las tres arrugas debajo de sus ojos, sus pestañas, escasas, pero largas, que me recuerdan las patas de un saltamontes.

El Inexpugnable, nombre código, es una estación de alta montaña a dos mil novecientos metros de altura, rodeada por una neblina perpetua. En el pico de la guerra (en palabras del sargento: cuando la guerra era abundante), El Inexpugnable no existía. El páramo era el principal corredor de abastecimiento de armas y suministros de los rebeldes, quienes lo defendieron con éxito brutal por años, repeliendo incluso a algunos de los mejores hombres de las fuerzas especiales. Era una humillación apoteósica para el Comando Central que la guerra se perdiese en una montañita de mierda olvidada hasta por el diablo, mientras sus aeronaves de última tecnología yacían en tierra, porque las adversidades del clima, que nunca estaban a favor del ejército ofi-

cial, habían derribado más de una docena de helicópteros y tres aviones fantasma.

Nunca se supo cómo el sargento esquivó la seguridad interna del Comando Central y se plantó frente a la oficina del Generalísimo General. El sargento se ofreció, junto a cinco de sus mejores hombres, para una incursión a pie: subirían al páramo y desarmarían las defensas rebeldes para permitir un ataque masivo coordinado. El Generalísimo General lo miró con desprecio y soltó una carcajada al ver al hombrecillo insignificante de saludo militar exagerado, más calcado de un video de propaganda del ejército, cualquiera de ellos, que de las maneras reales de la vida castrense. El Generalísimo General sabía que la guerra no solo se perdía en el campo de batalla, sino también en los noticieros, en la radio y en los periódicos, especialmente en los pasquines liberales manejados por jipis marihuaneros de mierda. El Generalísimo General consideró que la certeza de la muerte, el secuestro o la desaparición del sargento y de sus hombres podría servir a un propósito más útil. Un especial de televisión que convirtiera la decepción de la opinión pública en luto y compasión hacia un grupo de voluntarios que murieron como verdaderos héroes de la patria.

Tres semanas después, quinientos hombres del ejército oficial que esperaban al pie de la montaña recibieron en una débil señal de radio el código de avance preestablecido: las flores están listas para ser recogidas. Subieron la montaña con cautela. La mayoría había participado en misiones anteriores en el páramo y sabían qué esperar: minas capaces de borrar extremidades, lanzas embardunadas de sangre con gonoreas o mierda sembradas en fosas camufladas, nidos de ametralladoras calibre punto cincuenta con la capacidad de borrar rostros, rebeldes de poderes sobrenaturales que emergían de la tierra y resistían ráfagas a quemarropa que ningún chaleco antibalas



soportaría. Pero los quinientos hombres del ejército oficial encontraron una situación diferente cuando, finalmente, luego de tres días de ascenso, y sin necesidad de disparar una sola bala, alcanzaron la cúspide. El campamento insurgente había sido destruido sin piedad por el sargento y sus cinco hombres. Había cientos de cuerpos de rebeldes diseminados a lo largo y ancho del páramo. Algunos yacían desangrándose o pidiendo ayuda y clemencia, y solo unos pocos soldados que lograron superar la conmoción del espectáculo que presenciaban se animaron a socorrerlos. Una vez asegurado el perímetro, el Generalísimo General se presentó en el campo de batalla y lo que vio le recordó el Plan Recluta.

El Plan Recluta fue una campaña creada y promovida por el Comando Central. Su objetivo: secuestrar a jóvenes indigentes o pobres o campesinos, transportarlos a zonas de guerra, vestirlos como rebeldes, ejecutarlos y presentarlos ante la opinión pública como bajas del enemigo durante combates. El Plan Recluta fue suspendido luego de que un teniente realizó cálculos erróneos en la cuota de jóvenes por ejecutar, y el ejército oficial terminó con más cuerpos que el número oficial de miembros de las fuerzas rebeldes. El exce-

dente de cuerpos se ha mantenido en una instalación secreta por dos años, en caso de que llegase a surgir una nueva oportunidad de usarlos.

Antes de subir, el Generalísimo General fue advertido de que el sargento era el único sobreviviente, pero no esperaba encontrarlo empapado de sangre de pies a cabeza custodiando las tumbas de sus cinco hombres, que cavó mientras esperaba los refuerzos. El sargento saludó al Generalísimo General con su usual sobreactuado saludo militar: "Misión cumplida, señor".

Sin proponérmelo, la abertura de mi ojo derecho se ha ampliado. Ahora puedo ver al soñador de Riveros en una esquina de la habitación. Hace unas semanas, el sargento nos encargó a Ferreira y a mí recorrer el kilómetro y piquito que separa a El Inexpugnable del improvisado helipuerto loma abajo. Al descender del helicóptero, Riveros dejó caer su fusil, y una ráfaga accidental nos obligó a ponernos a cubierto mientras los del helicóptero se burlaban. En ese momento, Ferreira bautizó a Riveros 'Bobo Maricón'.

A mí, sin embargo, Riveros me cae bien, aunque no entiendo por qué carajos se

enlistó. Se graduó de la escuela hace un año y fue aceptado en una universidad técnica, beca incluida, para el programa de tecnología. Sin embargo, prefirió unirse al ejército oficial. “Usted no entiende, mi lanza”, cuenta sin detalles, cada vez que le sugiero retirarse. “El ejército salvó mi vida cuando yo era un bebé; me debo a él”. Riveros cree en la disciplina, en el amor por la patria, es un convencido de que basta poner la frente y sudarla para convertir las decepciones y la mierda de la vida en satisfacciones. Tan fácil y automático como limpiarse el culo después de ir al baño.

Ahora Riveros está tirado sobre el suelo, con vómito fresco en su uniforme. Un pedazo de zanahoria de las raciones le tapa la identificación: “River...”. Conozco esa palabra, me la enseñó uno de los gringos de los que recibimos entrenamiento antes de venir a El Inexpugnable, el pelirrojo que no era tan hijueputa como el resto de los instructores, el que no se molestaba cuando no les entendíamos su español de mierda. *River*, he olvidado su significado. Con seguridad, Riveros sí lo recuerda. Cree que se debe y se puede aprender algo nuevo cada día, porque no se sabe cuándo podría ser útil. Riveros se emborrachó y perdió el conocimiento justo antes de que todo ocurriera. Tengo la seguridad de que fue a propósito, para escapar de lo que sabía, lo que sabíamos, estaba a punto de ocurrir.

Velásquez ingresó al ejército oficial hace tres años. Cayó en una redada del ejército en El Azul, el billar que empezó a frecuentar desde que cumplió los trece años, con la complicidad del dueño, su tío. Le ordenaron subir al camión, y Velásquez alegó que no tenían ningún derecho a arrestarlo, que había visto en el noticiero que el ejército, ninguno de ellos, no podía llevarse a remisos y obligarlos a enlistarse, así como así,

que tenía derecho a un proceso justo. “¿Y es que usted ve aquí a algún juez o algún fiscal, gran pedazo de maricón? Más bien súbase al camión antes de que le reviente la cabeza a culatazos”.

El camión al que subió no era para arrestar remisos. Era uno de centenas de camiones similares bajo las órdenes del Generalísimo General durante el Plan Recluta. Velásquez contó con suerte. El camión sufrió problemas mecánicos a mitad de camino, y el Generalísimo General, con el enojo excesivo que le ocasionaban los pequeños detalles sobre los que no tenía control, decidió perdonarles la vida a los de ese camión y reclutarlos a la fuerza.

Velásquez, sin siquiera proponérselo, obtuvo las mejores calificaciones, físicas e intelectuales, en su entrenamiento en la escuela militar y forjó una memorable carrera en las fuerzas especiales. Por su desempeño, el sargento lo eligió para conformar la tropa que custodiaría El Inexpugnable, una estación de vigilancia sugerida, diseñada y construida por el sargento. El sargento exigió y aseguró a sus superiores que no necesitaba ningún tipo de supervisión, podía encargarse de la base sin necesidad de un teniente que le rompiera las pelotas y que no entendiera la importancia y el simbolismo de ese baluarte de la guerra contra las mafias rebeldes. El Generalísimo General, quien vio con detenimiento los ojos del sargento y no le gustó lo que no dejaban ver, aceptó sus inusuales demandas. Después de todo, el hombre había ganado, por sí solo, la batalla más importante de la guerra. El Generalísimo General no se preocupó por lo que dirían los del Comando Central: estaban muy ocupados presentando el parte de victoria en los medios. Al sargento se le pidió bajar de la montaña para recibir una condecoración de manos del presidente, pasearse por los sets de noticieros,

relatar su experiencia patriótica en los micrófonos de la radio y conceder entrevistas a toda suerte de medios digitales. Pero se negó porque no hay razón para premiar a quien solo sigue su deber patriótico y el resto de maricadas que le proponían sonaban a trabajo para reinas de belleza. El sargento era un hombre que examinaba cada detalle de acuerdo con su provecho o conveniencia, sin incluir sentimientos en su análisis, siguiendo la rigidez de sus convicciones. Solo a regañadientes aceptó grabar un audio apoyando al Generalísimo General, al Comando Central, al ejército oficial, al Gobierno y al presidente, en ese orden. Con la vía libre, el sargento eligió a su tropa: Velásquez, Ferreira, Pardo, Buitrago y Morantes. Riveros solo se unió al grupo para reemplazar a Morantes luego de que este muriera por lo que la autopsia reveló como fiebre de montaña.

La tropa completa, menos Riveros, ha cumplido casi dos años de servicio en El Inexpugnable, dos veces más que el tiempo de servicio recomendado en zonas de aislamiento extremo. Pero nadie les informó las reglas, solo seguir las órdenes del sargento. Para él, así como ocurrió con Silva, Gutiérrez, Ortiz, Perdomo y Angulo, la tropa inicial con la que limpió el páramo, sus hombres, como Morantes, solo abandonarían El Inexpugnable luego de haber ofrecido sus vidas por la patria.

Volví a quedarme dormido. El ojo izquierdo sigue siendo una fortaleza palpitante, pero el derecho ahora puedo abrirlo y cerrarlo sin esfuerzo, aunque con dolor. Intento tocarme el rostro, pero tengo las manos atadas a la espalda, ahora entiendo por qué siento los brazos entumecidos. No recuerdo quién ni en qué momento me amarró. La luz cubre cada vez menos su rostro, pero lo suficiente para verla y sentir que no estoy solo.

Desde que fue asignado a El Inexpugnable, Velásquez le tiene miedo al sargento, a la autoridad que infunde con sus ojos, un tema sobre el que ha reflexionado a profundidad (es el único de la tropa que lleva, a escondidas, por supuesto, un diario), sobre los ojos del sargento. En una de sus anotaciones se lee:

Negros por donde se le mire. El iris, negro, y la pupila, negra, son uno, indistinguibles entre sí. Sus pestañas, tan abundantes como sus cejas, proyectan una sombra negra sobre la esclerótica (Riveros me enseñó que ese es el nombre de la parte blanca de los ojos). Si es verdad lo que dicen, si es verdad que los ojos son las ventanas del alma, entonces el sargento no tiene; solo oscuridad y vacío se ve en los suyos.

A Velásquez le extraña que, si se detalla con cuidado, la figura del sargento debería exudar todo menos autoridad y respeto. Es un blanquito de un metro con cincuenta, la fisonomía de su rostro es agraciada, casi femenina. Su piel no parece afectada por las espinas de la selva que al resto de ellos les ha dejado cicatrices. Cuando el sargento habla, lo hace con lentitud, enunciando cada sílaba con un cuidado quirúrgico y con una voz melodiosa y ridículamente suave. Pero sus palabras, a pesar de sus maneras, despiden el poder de un padre furioso, la tenacidad de un cura en medio de un sermón apocalíptico. Dejando a un lado la cadena de comando, decirle que no al sargento es imposible, sus órdenes no son solo órdenes de un superior a un súbdito, sino también mandatos de vida de la boca de Dios o del Diablo. En el fondo, quizá sea por esto, porque su físico no corresponde al de su personalidad, que el sargento le inspira tanto miedo a Velásquez: detrás de su cuerpecito aparentemente enclenque y de sus maneras tímidas, el sargento es uno de los hijueputas más grandes que ha pasado por el ejército,

cualquiera de ellos. Y por sus ojos, claro, sus ojos oscuros, negrísimos, dibujados con todos y cada uno de los lápices y bolígrafos de color negro existentes en el mundo.

Los ojos de Riveros y los de ella están cerrados, y agradezco por ello. Hoy aprendí que los ojos cambian con lo que se nos prende o apaga por dentro, como si tuviésemos un bombillo en nuestros cuerpos. Esta noche, a mis lanzas de la tropa se les apagaron las luces internas.

Riveros perdió el conocimiento, pero Ferreira, Pardo y Buitrago continuaron bebiendo aguardiente como si fuese una botella de bebida energética. Pardo sirve sus tres copas, pero sus manos están borrachas, riega alcohol que cae por el borde de la mesa y forma un charco debajo de ella. Los tres levantan sus copas y brindan. Tres pares de huesos negros se miran entre sí y luego miran, sin mirarlo en realidad, a Velásquez, sus manos atadas a la espalda.

Antes de ser asignado a El Inexpugnable, estuve en un combate cuerpo a cuerpo. Un rebelde me macheteó el abdomen. La sangre no me salió a borbotones. En cambio, un coágulo enorme, un mojón de sangre que me reventó las paredes del estómago. El dolor que experimento ahora es mucho peor que el de aquella vez. Soy un hematoma pulsante de ochenta kilos. Veo su rostro, el de ella. Me digo que no sea tan marica, merezco este dolor, que ella sufrió más de lo que yo sufro ahora, es mi turno de pagar mi negligencia y cobardía.

El sargento les insistía a sus hombres en que ninguna otra área de esta gran nación de-

El hombre insistió en que él y su hija eran campesinos, podían probarlo si los escoltaban de regreso a su finquita. El sargento le empuñó una trompada que le hizo escupir dos molares y le estropeó los incisivos.

bería someterse, como ocurrió en el páramo antes de su liberación, a las garras de las horas rebeldes. El Inexpugnable era un fortín que debía defenderse de cualquier amenaza, hasta la muerte del último hombre.

Ferreira, Pardo y Buitrago regresaron de patrulla con un hombre mayor, de unos cincuenta o sesenta años, y una mujer joven, de no más de veinticinco. Los encontraron deambulando sospechosamente a unos cinco kilómetros de la base. El sargento ordenó encerrarlos durante dos días a punta de agua antes de interrogarlos.

El hombre insistió en que él y su hija eran campesinos, podían probarlo si los escoltaban de regreso a su finquita. El sargento le empuñó una trompada que le hizo escupir dos molares y le estropeó los incisivos. "Oigan al pendejo este, con quién cree que está hablando; tan marica si cree que caeremos en una emboscada tan huevona". Ferreira le advirtió al sargento que la mujer no había dicho ni una sola palabra, que el hombre insistía en que era muda de nacimiento. "¡Muda de nacimiento mis chácaras! Ahora verá esta hijeputica perra cómo la ponemos a chillar."

Cada vez que recupero el sentido, me lleno de dolor. Es más que un dolor físico,

es un dolor inusual, es un calambre agudo, de esos que provoca aliviar arrancando la extremidad afectada; pero, en este caso, la extremidad es todo mi cuerpo. Me siento lleno y vacío, simultáneamente, sufro un ataque de asma y un incidente de hiperventilación, hiervo de fiebre y tiritito de frío. Tal vez es el dolor de la muerte, el dolor del alma, o lo que sea que los curas dicen que uno tiene por dentro, liberándose de mi cuerpo. Como la fatiga de un largo viaje: aun si lo único que hiciste fue sentarte en un vehículo, una vez llegas a tu destino, te sientes exhausto, las aspas del helicóptero, las llantas del auto, las turbinas del avión usaron la energía de tu cuerpo y te secaron. Estoy en un viaje eterno, yendo y viniendo de ningún lugar a la nada.

Y, sin embargo, me alegro cada vez que despierto porque puedo contemplar su rostro. Cuando el dolor me vence y quedo inconsciente, extraño sus facciones y obligo a mi cuerpo a regresar de su sueño, aun si eso significa retornar al dolor. El haz de luz es lo único que permanece inmóvil. Su rostro, mi cuerpo, mi dolor, mi conciencia van y vienen, esa nariz es y no es la de ella, esos dientes, que se asoman por sus entreabiertos labios, son y no son los de ella, su semblante tiene y no tiene el brillo que lo acompañaba desde que fue arrastrada a la estación.

Al principio, Velásquez pensó que el bala-
zo se lo habían pegado a él y se llevó las
manos al abdomen. Pero lo que lo golpeó

y estremeció fue el eco del disparo. Pardo y Buitrago, con los pantalones abajo y las vergas duras, esperando sus turnos, bajaron la mirada; niños asustados evadiendo las preguntas del profesor, ¿cómo se llamaban las carabelas de Cristóbal Colón?, ¿cuál es la fórmula química del agua? Si no miramos al profesor, él no nos puede ver, somos invisibles e invulnerables a su índice señalador. Ferreira, dentro de ella, aullaba y alababa al sargento y lo miraba con ojos igual de negros a los suyos. La camisa del viejo estaba empapada de sangre negra que le brotaba espesa de la garganta, sus ojos, amplios, fueron los últimos ojos que Velásquez vio antes de perder el conocimiento, los únicos que ha visto desde que despertó en la sala de interrogatorios.

La frente, la ceja derecha, no la izquierda, y la nariz son las de ella. Ahora la nariz me es desconocida, pero sus labios sí los reconozco, aunque no tengo certeza de cuál de sus dos cejas sí le pertenece. El haz de luz camina sobre su rostro y sus mejillas retoman la tonalidad que presentaban la primera vez que los vi, pero quizá sea solo una ilusión, si ese rostro perteneciera a ella no se vería tan rojo, si ese rostro perteneciera a ella, le llevaría agua y bromearía con ella cuando el sargento no nos espía por la mirilla, pero no estoy seguro de que en realidad se trate de su rostro, porque sus ojos se mantienen cerrados cada vez que despierto, pero, sean o no los de ella, sé que son de un color alegre y festivo. Pero no negros. ■